

La Declaración de Principios de la Junta Militar Chilena como Sistema
Literario: La Lucha Anti-Fascista y el Cuerpo Humano

Hernán Vidal, University of Minnesota

La secuela de represión después del golpe militar del 11 de septiembre de 1973 en Chile ha traído a las víctimas de arrestos arbitrarios, torturas, prisión y exilio la necesidad de expresar una experiencia hasta entonces poco frecuente para la generalidad de la población del país. Estos testimonios responden a un quiebre en la percepción del desarrollo político chileno por la conciencia colectiva. El mantenimiento relativo de las libertades burguesas en las décadas anteriores, junto con la aceptación acrítica y común de una ideología que representaba a Chile como tierra de sólida tradición democrática, oscureció la intermitente línea de matanzas de trabajadores, golpismo militar y represión de los sindicatos y de los partidos populares desde fines del siglo pasado hasta el presente. No obstante, es indudable que la represión sistemática adoptada por la Junta Militar como política de estado es una ruptura en la historia chilena que la intelectualidad deberá digerir de manera analítica, poética y testimonial.

En el curso de los años ese material recibirá elaboración artística para abrir un área nueva de la literatura chilena. La meditación sobre las técnicas poéticas más aptas para este trabajo, su aplicación y resultados concretos no serán parte de una alienación gratuita e individual por parte de los escritores del patrimonio de sufrimiento

colectivo acumulado hasta ahora. Ellos estarán cumpliendo su función de fundamentar una conciencia y una sensibilidad del modo en que los chilenos que adhieren al movimiento popular se pensarán y se sentirán a sí mismos y a sus connacionales en el momento de enfrentar las tareas políticas que tienen por delante. Por razón misma de esta función social es de importancia que la crítica literaria chilena contribuya a esa labor captando y meditando sobre las tendencias actuales de esa elaboración.

En este trabajo intento hacer un aporte al respecto a partir de una concepción de la literatura como forma ideológica. Como tal, la literatura es una representación imaginaria de relaciones sociales reales preexistentes. En mayor o menor grado de abstracción las ideologías representan o implican tipificaciones de grupos humanos en el proceso de creación de cultura para transformar la naturaleza y la sociedad, reproduciéndose a sí mismos como seres históricos en el contexto de las estructuras económicas, de clase y políticas de las sociedades a que pertenecen. Sobre la base de esta comunidad la literatura se diferencia de otras formas ideológicas como la religión, la filosofía, la política, las leyes y la ciencia en general en su énfasis en una convención representativa antropocéntrica. Las temáticas, símbolos, metáforas, motivos y técnicas discursivas que la literatura ha acumulado a través de la historia hacen de la dimensión sensual y emocional del trabajo humano foco central de su representación. En este aspecto llamo la atención sobre el hecho de que se trata de grados de énfasis en la convención representativa. Aun en los discursos

científicos de mayor abstracción puede detectarse un sistema metafórico con el cual el investigador logra visualizar y apropiarse sensorialmente de complejas relaciones naturales ocultas a la mirada directa. Se podría plantear que el significado fundamental en todo discurso ideológico está basado en una matriz de relaciones metafóricas constituida de manera consciente o inconsciente por el hecho de que son instrumentos que exploran los límites del conocimiento. Aceptadas estas proposiciones se puede sugerir que todo discurso ideológico puede ser objeto de una lectura literaria que detecte, capte y magnifique las resonancias antropocéntricas y sensuales de las metáforas que lo sustentan.

Las formas ideológicas responden, por otra parte, a una instrumentalización en la lucha de clases. Obviamente los testimonios de la represión y la literatura del exilio y la resistencia atacan a los perpetradores de la ruptura institucional chilena. Por lo tanto, captar las tendencias de estos textos debe hacerse con esto en mente. Para ello propongo una lectura literaria de la Declaración de Principios de la Junta Militar chilena en contraposición a dos obras literarias de escritores exilados.

Publicado en cuatro idiomas--español, inglés, francés y alemán--en marzo de 1974, este documento político de la Junta Militar interpreta el pasado y los agentes sociales y políticos de la historia chilena para justificar el triunfo y el poder momentáneos del militarismo y sus instigadores, las burguesías monopólicas chilenas aliadas con el capital imperial. Hago una lectura literaria de él siguiendo el curso conceptual del documento, delimitando y magnificando las resonancias metafóricas del lenguaje empleado. A la vez establezco las inter-relaciones de las

metáforas detectadas para componer el cuadro general de la visión del hombre y de su mundo que comunica. ~~Le~~cho mano de las muestras más evidentes y recurrentes de metaforización para que su sentido surja de manera espontánea y sin posibilidad de reproches de forzamiento arbitrario. Por ejemplo, cuando en el texto se habla de la "reconstrucción nacional" y luego de Chile como, una "morada digna" no queda duda de que en la mente de los redactores el país es como un edificio o casa; al hablarse de que "nuestra Patria ha decidido combatir frontalmente contra el comunismo internacional" ese edificio o casa se transforma en una fortaleza o perímetro militar, según el lenguaje especializado. Por la naturaleza panfletaria de la Declaración no hay grandes dificultades en esta captación. El uso metafórico del lenguaje para la representación ideológica de las luchas sociales chilenas es exacerbado por la necesidad retórica de convencer a la población nacional y mundial de la legitimidad del golpe militar de acuerdo con los valores más excelsos de la "tradición y el alma nacional". Posteriormente clasifiqué el campo metafórico subyacente según los diferentes tipos de discursos de que dispone la literatura. Se observará que la Declaración de Principios corresponde a un discurso mítico de raigambre escolástica medieval que reproduce en algunos momentos el lenguaje canónico de la Reconquista Peninsular. Este fue adoptado y reproducido en Chile por sectores católicos simpatizantes del fascismo franquista.¹

Por detentar actualmente el poder político en Chile, las visiones literarias de la Junta Militar serán el punto de ataque obligado para los escritores de la resistencia. Opino que el acopio de temas, metáforas, motivos y técnicas literarias surgidos de esta confrontación

conforma un sistema literario. Con el concepto de sistema literario no señalo, por tanto, una construcción ideal sin anclaje en la realidad, sino una abstracción de las permutaciones posibles de elementos literarios que surgen de un eje como la Declaración de Principios, que intenta una visión totalizadora de la historia chilena sobre la base del poder político que refleja. En el curso de la lucha en defensa, indiferencia o ataque del fascismo chileno se actualizarán estructuras concretas, obras que fijan o fijarán un número de potencialidades. Estas concreciones cambiarán radicalmente en el momento en que las fuerzas populares destruyan el fascismo y, una vez en el poder, sienten las bases de un nuevo sistema.

Para sustanciar estas hipótesis he hecho el análisis de dos obras posteriores al golpe militar, Tejas Verdes (1974) de Hernán Valdés y En este lugar sagrado (1977) de Poli Délano. El criterio que ha guiado esta selección está en que ambas obras se ubican en posiciones diferentes en el horizonte de posibilidades de poetización de la ruptura histórica causada por el golpe militar. Tanto Valdés como Délano son escritores profesionales de sostenida producción anterior. En estas dos obras específicas elaboran material de distinta relación y cercanía a su experiencia personal. La primera es una narración del arresto y tortura del propio Valdés, mientras Délano crea un mundo ficticio a través de su novela. Creo que la gran contribución de Valdés es haber articulado una matriz de percepción de la realidad individual y social univeralizada más allá de lo personal, mostrando una posible área de exploración literaria y humana para la literatura chilena. Prueba de esto es que Délano sigue una matriz similar. ¿Es

que Délano ha estudiado la obra de Valdés? Es posible, aunque no necesario. Ambos escritores--como cientos de miles de chilenos--reaccionan ante una experiencia directa de la represión fascista que se explica y orienta a sí misma mediante discursos ideológicos que han saturado el país a través de los diferentes medios de comunicación masiva.

Valdés y Délano coinciden en una valoración del cuerpo humano en su materialidad como base para la formulación de un compromiso ético y político con movimientos masivos de transformación revolucionaria de la sociedad chilena. Iniciar un discurso poético sobre la materialidad corporal obliga a aceptar simultánea y complementareamente aspectos de ella que en las ideologías imperantes en las sociedades capitalistas son separadas entre sí: la cotidianidad de los procesos sexuales, digestivos, glandulares y laborales en general, en oposición a la ilusoria libertad absoluta y ahistórica de los procesos espirituales que afirma la Junta Militar en su Declaración de Principios. Ambos escritores proponen una unificación de los dos factores sobre la base de la cotidianidad corporal en busca de una conciencia recta y clara del significado social de esa cotidianidad para un trabajo político conducente a una transformación socialista dignificadora del ser humano en todos sus aspectos, tanto materiales como espirituales. La posibilidad de fusión proviene del ejemplo de compromiso ético y político de otros seres humanos con sensibilidad suficiente para responder a la injusticia e indignidad del sufrimiento humano con la ira de quien comprende que existen armas para aliviarlo y curarlo, pero que han sido alienadas por una minoría. Este argumento contrasta radicalmente con la visión del ser humano propuesta por la Declaración

de Principios. En ella la totalidad humana es reducida a una espiritualidad animada y dignificada por lo divino. Como ser espiritual el hombre tiende a cumplir algo llamado "bien último", también inspirado y originado en Dios, condenándose la materialidad como elemento satánico y conspirativo que desvía al ser de su fin verdadero. El cuerpo humano, como realidad concreta de necesidades y trabajo, no aparece en este horizonte ideológico.

Esta confrontación que escamotea o exalta el cuerpo reproduce y refuerza los términos en que se da la lucha política del momento en Chile. Por una parte la Junta Militar ha implementado una política de enorme depresión de los salarios y de las inversiones estatales en servicios públicos. Su objetivo ha sido el de ofrecer una fuerza laboral barata a los monopolios nacionales e internacionales cuyas inversiones la Junta Militar necesita desesperadamente para sobrevivir. Esta política de extremos sacrificios materiales para los trabajadores sólo puede mantenerse con un aparato represivo permanente que desmovilice la resistencia popular. El énfasis espiritualista de la Declaración de Principios tiene, entonces, una función específica, como también la tiene su ocultamiento del cuerpo humano en arrestos arbitrarios, campos de concentración, tortura y desaparecimientos. Recuperar y exaltar el cuerpo humano, luchar por su integridad y dignidad material, laboral y espiritual es tarea primordial de la resistencia. Hernán Valdés y Poli Délano dan testimonio de ello.

I

La Declaración de Principios afirma la apertura de "una nueva era

en nuestra historia patria". Además hace un llamado de tipo misionero y proclama un proyecto "para la participación de cada chileno en la reconstrucción nacional". La trascendencia de este mensaje es sustentada con referencias a la espiritualidad humana originada en Dios y en "la expresión genuina del ser de la Patria," "del alma de su pueblo," "del alma nacional," "de su origen hispánico" y "de nuestra tradición chilena y cristiana". A la vez se propone un "Proyecto Nacional" de tipo técnico administrado por un "Sistema Nacional de Planificación" que resulte en el desarrollo y la modernización capitalista en Chile. Estas dos facetas exaltan a los líderes de las fuerzas armadas chilenas como seres en que se conjugan la sabiduría divina y la humana. De acuerdo con la primera se otorgan a sí mismos la capacidad profética de interpretar genuinamente la voluntad de Dios y de ser médiums de los impulsos de la conciencia y la inconsciencia colectivas de la población chilena. Esto, además de su confianza en la tecnología, les da identidad de sacerdotes-tecnócratas. Por todo esto su visión e interpretación del pasado, presente y futuro chilenos escapa a la historia--es decir, la narrativa de los actos humanos--para aposentarse en el mito--la narrativa de los actos de los dioses, semi-dioses o de héroes cercanos a la divinidad. Con mayor precisión, la Declaración de Principios es el relato testimonial de seres superiores que atestiguan la caída y regeneración de un sector de la humanidad imperfecta.

Todo mito hace una diferenciación temporal entre una sacralidad pretérita, en que el mundo recién construido por los héroes estuvo en

el máximo de su plenitud y vitalidad, y una profanidad en que ese vigor ha sufrido una contaminación por lo humano y ha terminado en el desgaste. Para remediarlo la mente mítica echa mano del ritual, ceremonia formal y prescriptiva, que intenta suspender ese desgaste reactualizando en el presente la plenitud originaria con una narración de lo sagrado. Para la Junta Militar esa profanidad fue iniciada con el ejercicio de los derechos políticos que aseguran las libertades burguesas: "Varios decenios de demagogia política han pretendido hacer creer al pueblo que las recetas ideológicas podrían reemplazar al trabajo como vehículo de desarrollo económico" (p. 12). La caída fue causada por el gobierno de la Unidad Popular, descrito como "ilegítimo, inmoral y fracasado," (p. 14). Ante él los militares levantan el recuerdo de un Chile decimonómico con "el lugar preponderante que los forjadores de nuestra República le dieron en su tiempo dentro del continente" (p. 10).

En consonancia con ese pasado de plenitud, Chile, la "morada digna," está habitada por seres dotados de una espiritualidad y de una dignidad divinas. Su perfil humano está conformado por un indefinible y nebuloso "ser último" (p. 6) que marcha a un vaporoso objetivo llamado "su plenitud" y su "plena realización personal" (p. 5) que emana del Creador y del "verdadero patriotismo" (p. 10). Estos seres forman familias y otras asociaciones más amplias para alcanzar una meta general llamada "bien común" que equidista entre el egocentrismo individualista del liberalismo y el colectivismo socialista que desconoce la sacralidad de la persona humana, superando ambos. El bien común es "el conjunto de condiciones que permita a todos y

cada uno de los miembros de la sociedad alcanzar su verdadero bien individual" (p. 6). Sin embargo, estos seres adolecen esencialmente del pecado de "la imperfección humana" que hace que el bien individual y común siempre escapen de ellos y "nunca puede alcanzarse completamente, como tampoco puede lograrse la perfección personal absoluta" (p. 6). Plantear su consecución final es "una utopía histórica contraria a las posibilidades reales de la naturaleza humana" (p. 4). Es un error creado por "recetas ideológicas" (p. 14), por los "mesianismos ideológicos" (p. 10) y "la ilusión de las palabras" (p. 11). El bien común debe ser entendido como un "modelo" ideal al que los hombres deben tender incansablemente, como "un permanente desafío" que los acerca a la imagen de Sísifo.

Como actitud narrativa hablar de "un ser último," "un fin último," del "bien común" y del "verdadero bien individual" supone un conocimiento de secretos superiores e indefinibles para la palabra racional que aparta a los militares del resto de la sociedad chilena. Su omnisciencia los ubica en alturas de percepción panorámica desde las que observan la "Historia Patria" como totalidad de clara transparencia y dominio para su interpretación. Esto les otorga capacidad de vates y les permite enjuiciar la profanidad constitucional chilena y dar testimonio de su caída. Los términos con que se refieren a ella ineludiblemente establecen una comparación con la plenitud originaria. En estos términos comparativos la plenitud toma un contorno descriptible. El pasado aparece así como época de amor, brillo intelectual, unión social, entereza moral y fuerte cristiandad que contrasta con un presente de "odios mezquinos," "mediocridad" y divisiones internas." La caída es explicada según causas diversas:

una de ellas fue el "resquebrajamiento moral" que pone en peligro la "civilización occidental" por la "progresiva perdida" o "desfiguración" de la "concepción cristiana del hombre y la sociedad" que le dio nacimiento; otra es la presencia de "ingenuos" (p. 3) que admitieron el marxismo en el "seno" de la morada y buscaron falazmente "concordancias doctrinarias y prácticas con él" (pp. 3-4); causa no menos importante fue la "conspiración" de las "ideologías foráneas", "el sectarismo partidista", "el egoísmo o antagonismo deliberado entre las clases sociales y la invasión cultural extranjerizante" (p. 10). Como "encargados de velar" (p. 15) por el país, los militares observaron el aletargamiento de la fuerza vital del patriotismo, la falta de empuje en individuos y organizaciones para alcanzar su desarrollo natural, la decadencia y contaminación de los valores universales que el país antes encarnara, el parasitismo y el ocio, la insanía de los hábitos cívicos, la ruptura de las jerarquías, de la disciplina y del equilibrio, la alienación de las "raíces de la nacionalidad," es decir, "la destrucción sistemática" del edificio por "vicios" y plagas casi apocalípticas.

Debido a esta decadencia la Junta Militar habría dado el golpe de estado para redimir, recrear y retornar a Chile al "nítido perfil que le es propio" (p. 20), buscando su "reoriginación" "a partir de las entrañas mismas del alma nacional" (p. 20) "para entrar de lleno en el audaz campo de la creación" (p. 14). Esto requiere "despertar el verdadero patriotismo" para desarrollar "el poder nacional," impulsando a los individuos y sus asociaciones a cumplir con sus propios fines autónomamente, dejando atrás la "negligencia o las fallas" (p. 7).

Se diseñaría un "Proyecto Nacional" (p. 10) para "conjuguar las constantes" de la historia nacional "que forman el acervo de la tradición" (p. 9) llegando así a "la integración espiritual del país" (p. 10). Para ello se hace "imperioso cambiar la mentalidad de los chilenos" (p. 14), restituyendo la "sanidad" de los hábitos cívicos, iniciando "una nueva etapa en el destino nacional" (p. 15). Se desalienaría el espíritu chileno con un "reencuentro con las raíces de la nacionalidad" (p. 20). Con este nacionalismo el país recuperaría su "vocación universalista" que lo "liga a la civilización occidental y europea" (p. 21).

La reconstrucción y el combate contra lo extranjerizante convierten el territorio chileno en los perímetros de una fortaleza militar en que caballeros templarios sobrios, austeros y prontos al "renunciamento personal," velan y luchan en una cruzada contra la barbarie. Desde allí se "combate frontalmente en contra del comunismo internacional y de la ideología marxista que este sustenta, infligiéndole su más grave derrota de los últimos treinta años" (p. 4). Al mismo tiempo se resiste la penetración de gobiernos que "pretenden intervenir indebidamente" (p. 20) en los problemas nacionales, luchando por establecer el "poder nacional" que es "la capacidad real y potencial del Estado de defender y promover el interés nacional frente al resto de las naciones" (p. 20). Todo esto se haría con una disciplina, interna basada en la "despersonalización del poder" (p. 11) "sancionando drásticamente todo brote de indisciplina y anarquía" (p. 11), protegiendo al débil y "desterrando el juego" abusivo de los poderosos, "no admitiendo otra fuente de desigualdades entre los

seres humanos que los que provengan del Creador o del mayor mérito de cada cual" (p. 11).

Idealmente la fortaleza militar está ubicada en un espacio llamado Occidente y se yergue como alternativa entre los dos modelos sociales que se desarrollan fuera de sus parapetos. Ambos son rechazados moralmente. El primero es la "sociedad de inspiración marxista" que contradice la "tradición cristiana e hispánica" de Chile. El otro es el de "las sociedades desarrollados de Occidente" que "han derivado en un materialismo que ahoga y esclaviza espiritualmente al hombre" (p. 3). A causa del consumismo el ser "se siente interiormente vacío e insatisfecho anhelando con nostalgia una vida más humana y serena," postración que "favorece la rebeldía juvenil" (p. 3). De allí que sea necesario que Chile "busque un camino . . . propio y original" (p. 4).

Instrumento principal de la reconstrucción y del despertar nacional es el estado controlado por militares que rinden pleitecía a "la majestad de la ley" (p. 13). Como administradores de él los militares pasan a ocupar la función de depositarios y árbitros de la potestad divina, guardianes de la fuente de energía vital, impulsores de ella, demarcadores de esferas de acción humana y guardianes de compuerta para el flujo de un río sagrado. En su primera función el estado reconoce los derechos del hombre que "arrancan de la naturaleza misma del ser humano, por lo que tienen su origen en el propio Creador" (p. 5) y los reglamenta para armonizarlos y equilibrarlos en aras del bien común. El estado usa, además, el Derecho para demarcar esferas concéntricas entre el individuo, la sociedad englobante y el estado, pasando por sociedades intermedias como la

familia, para que cumplan con sus fines específicos sin que haya invasiones mutuas de sus funciones. El estado interviene en esas esferas directamente cuando percibe que, "por negligencia o fallas" (p. 7), su vitalidad se aletarga y no se actualiza a sí misma. Este es el "principio de subsidiariedad," ubicado en el centro mismo del "ambito de vida" del bien común. El principio es descrito como "fuente" de energía vital de la que emana la "creación," el "esfuerzo personal," el color y la diversidad, la libertad y la amplitud de movimiento. Opuesto a este vitalismo es "el estatismo que genera . . . una sociedad gris, uniforme, sometida y sin horizontes" (p. 8).

Emanación de esa fuente de vida es la libre iniciativa, que como río "fluye" y "se deriva" en su "forma natural" como el agua misma, la propiedad privada. Se trata de un fluido sagrado ante el cual los militares actúan como guardianes de compuertas que "consagran" la propiedad privada, "dejando abiertos" los cursos que permiten su "efectiva difusión en todas las capas de la sociedad" (p. 9) como si fueran de tierra fértil. Hay aquí un propósito mágico, ya que en el proceso de estabilización y modernización capitalista que proponen, los militares desean eliminar la única fuerza que puede darle vida, el proletariado. Afirman que su objetivo último es "hacer de Chile una nación de propietarios y no de proletarios" (p. 8).

Lograda la unión de fuerzas y la difusión de líquidos vitales Chile avanzará "hacia una sociedad tecnificada y de verdadera participación social" (p. 14). Se avisa un mundo futuro en que la actividad política habrá desaparecido por el fin de las ideologías (p. 16).

Sería un mundo que heredarían los tecnócratas porque la única tarea que restaría sería el dominio de la técnica para el "desarrollo económico acelerado" (p. 14). Ello "supone una jerarquía y disciplina en las tareas productivas y en los hábitos de trabajo" (p. 18), lo cual requiere el imperio de "la palabra de los que saben" (p. 17). Chile tendrá el gobierno de sabios que organizarán al pueblo para que su voz se escuche "sin desfiguraciones partidistas y sin mezquindades que la empobrezcan" (p. 17). Los sabios enriquecerían la voz popular con una "educación que fomente una escala de valores nacionales y espirituales propios de nuestra tradición chilena y cristiana, que jerarquice cada cosa en función del fin último del hombre" (p. 19). La jerarquización se dirige al dominio de la materia por el espíritu pues, fiel a su tradición, la chilenidad debe tener la cautela de entender que "el fuerte aumento de la producción minera, agrícola e industrial" (p. 18), con su mayor consumo potencial por parte de la población, no significa que su espíritu "se desarrolle en todas sus potencialidades." "Como lo señaláramos anteriormente, el materialismo que corroe a las llamadas 'sociedades de consumo' denuncia la existencia de un bienestar que más que ayudar a la perfección integral del hombre lo somete a una carrera que lo domina, en pos de una riqueza que al final deja vacío su espíritu. Que más que liberarlo, lo esclaveza" (p. 19).

Una perspectiva crítica revela fácilmente una extraña polarización en la Declaración de Principios. Por una parte se presenta un espacio humano congelado en la Edad Media, por otra se lo enfrenta a la aspiración de una tecnología capitalista moderna tendiente al

"desarrollo económico acelerado." Esto resulta en una fuerte dislocación de términos en que el primer factor elimina uno esencial para el otro: la materialidad humana y natural, junto con su mediación por el trabajo del hombre.

En la mejor tradición medievalista se propone una visión de la existencia como un viaje que se inicia a partir del momento en que Dios dota de espiritualidad al hombre. El término del viaje, el "fin último," es el retorno al espíritu divino. Durante el viaje se dan tres condiciones: la realización del "bien personal" y del "bien común" como concreción del bien divino que impulsa al hombre; también el mantenimiento de una disciplina que niega las materialidades personal y circundante así como el gozo de esa materialidad en fidelidad a ese origen sagrado. De mantenerse esa disciplina el individuo disfruta de "equilibrio" interno, término por demás abundante en la Declaración. Cuando el peregrino ingenuo presta atención a la materia se desvía del camino recto. El extraviado necesita, por tanto, de centinelas para volver a la verdadera vía y a la disciplina.

La Declaración de Principios promueve una sensibilidad que rechaza lo mundanal para afirmar ideales a los cuales sólo hay acceso místico a través de los sacerdotes-tecnócratas militares. La experiencia profana de la sensualidad corporal sumida en el tiempo conducente a la muerte es evitada mediante un salto directo a una sacralidad de estatismo temporal que exalta valores "eternos." Esto posibilita la estructura mítica del relato, con su ritual de retorno a los orígenes y los motivos subliminales que lo complementan: las imágenes de un paraíso perdido por la ingenuidad de quienes permitieron la entrada de

la sierpe de la tentación; la ruina e infertilidad de la tierra por la pérdida de contacto con las fuentes de la unión, el amor y la inteligencia; la captación y defensa de los fluidos vitales que restablecen la fertilidad de la tierra y llevan al crecimiento de las esferas del "principio de subsidiariedad," todo ello bajo la protección de caballeros templarios que han hecho fortaleza del territorio nacional asediado por lo maligno.

Si no se tuviera en mente su función de complemento del aparato represivo, este medievalismo sería un anacronismo frente al hincapié que se hace en lo tecnológico. Ciencia y tecnología son producto del trabajo humano para controlar y transformar los procesos del cuerpo, la naturaleza y la sociedad, lo cual requiere una sensibilidad mundana y sensual. El "desarrollo económico acelerado" que se desea obtener forzosamente demanda formas diversas de aceleramiento temporal y, por tanto, una conciencia más acentuada de los procesos de la materialidad: aceleramiento en el ritmo laboral, en la producción de formas culturales, en su distribución y exportación y, fundamentalmente, en la explotación y desgaste corporal de trabajadores cuyos salarios y servicios sociales se han reducido. Fuera de unas pocas menciones de tipo moralizante, cuerpo y trabajo no reciben tratamiento en la Declaración de Principios. Peor aún, se declara la intención "de hacer de Chile una nación de propietarios y no de proletarios." Un capitalismo sin proletariado instala a este discurso en el reino de la ciencia-ficción. En él se quisiera ensoñar que la renovación tecnológica capitalista no proviene de la alienación y acumulación de plusvalía por la burguesía y

arrancada a los trabajadores. La renovación proviene de la fuente de los fluidos vitales. La tecnología adquiere así un aspecto mágico en consonancia con su existencia real en los países subdesarrollados bajo el control de corporaciones multinacionales, sin nexos directos con la cultura nacional. La tecnología pareciera existir por sí misma, sin orígenes en el trabajo, administrada por sabios que conminan al pueblo a no entregarse al consumo de sus frutos.

II

Mientras los mitos y rituales militaristas ensalzan la divinidad y condenan al hombre a la insignificancia, las obras de Hernán Valdés y Poli Délano los contaminan y sabotean con la materialidad corporal humana para afirmar su perfectibilidad a partir de ella. Tejas Verdes se instala en el vértice subterráneo de la medievalidad, el tecnocratismo y la subsidiariedad abogados por la Declaración de Principios. En la política concreta de la Junta Militar subsidiariedad significa la acción de fragmentar la voluntad popular que iniciara el movimiento hacia el socialismo en Chile. El grado de movilización masiva alcanzado durante la Unidad Popular tendía a una totalización que habría capturado eficazmente el estado para articular un gobierno centralizador de la voluntad mayoritaria. Como sabemos, subsidiariedad implica la restauración del capitalismo en Chile bajo la tuición de un estado autoritario que vela por el crecimiento de las diversas esferas de la sociedad civil según la "libre iniciativa" sin que entre sí se intervengan, inmiscuyan o entorpezcan. Este mecanismo, que crea condiciones óptimas para la concentración monopólica del capital, demanda el desmantelamiento de la organización y concientización

popular, objetivo logrado con la violenta despolitización represiva de las masas. Así se prepara el escenario para el atropello de los derechos humanos, de la dignidad personal haciendo a los individuos objetos pasivos de torturas físicas y mentales con una sistematización científica del terrorismo. El gobierno de los "sabios" opera con directivas sociológicas por las que la tortura selectiva y al azar matemático de segmentos de la población chilena puede magnificarse en efecto en el seno familiar, los círculos de amigos y el lugar de trabajo por el temor difundido por las víctimas. Como dice Valdés, con "todo su gigantesco aparato, los campos constituyen una excelente solución para estos apóstoles de la limpieza. Quienes salen de ellos--después de pruebas de humillación y terror inenarrables--son en efecto seres neutralizados, 'limpios.' Ellos no volverán a abrir la boca para protestar ni pondrán sus oídos donde se escuchen protestas. En muchos casos, sus propios conyuges no conocerán en adelante sus pensamientos. Se estima que una persona que pase por los campos implicará por lo menos la despolitización de una familia. En un par de años o antes se habrá logrado el milagro de un país de sordomudos."²

Los campos de concentración concretan una dislocación radical entre una superficialidad social inconsciente al sufrimiento secreto de los cuerpos torturados, sumándose a ella seres humanos brutalmente forzados a fingir una inconsciencia política. El título mismo del testimonio sugiere esa dislocación. Tejas Verdes era el nombre de un balneario de clase media acomodada. Después del golpe militar los

turistas todavía acuden allí y se divierten despreocupadamente, pero esta superficie se ha hecho irreal e irónica por la existencia del campo de concentración que escamotea la miseria humana con una ilusión de placer: "Hay dos países ahora, y uno es subterráneo" (p. 20). Valdés afirma, además, que su libro "está destinado principalmente a quienes, en Chile, quieren conservar la inocencia dentro de su complicidad y promiscuidad con el fascismo--algo parecido se descubrió en Alemania al finalizar la guerra--, y quienes en el extranjero piensan que el golpe militar que acabó con el gobierno de la Unidad Popular es ya un hecho del pasado. Este libro debe recordarles que el golpe continúa dándose, en otras formas, cotidianamente" (p. 6).

Hernán Valdés reacciona ante la visión de mundo de la Junta Militar perforando su velo de ilusión espiritualista para concentrarse en la materialidad corporal y laboral. Se distorsionaría el sentido de su obra si solamente se la entendiera como una exposición y catálogo de la brutalidad militar. A no dudar eso está allí. La narración transcurre con la detención arbitraria, la reclusión en la oscuridad, el simulacro de fusilamiento, la incomunicación en un campo de concentración secreto, los problemas para dormir y defecar, la iniciación de las torturas para sus compañeros de grupo, los golpes y descargas eléctricas que él mismo recibe durante su interrogatorio, la suspensión del aislamiento y, finalmente, su liberación sorpresiva en un lugar desconocido de la ciudad de Santiago. Sin embargo, la elaboración de estos hechos opone al espiritualismo fascista una visión de la realidad sólidamente anclada en un

materialismo realista. Valdés lo sugiere: "Agradecimientos apartes, la Junta militar, al barrer con el mito de la democracia chilena y al implantar en la vida real un fascismo que sólo conocíamos por referencias culturales, nos ha propuesto un abundante material de inspiración concreta a los escritores que en Chile no sabíamos qué hacer con nuestra inaprensible y contradictoria realidad" (p. 6).

A diferencia de la arquetipificación liberal del escritor que normalmente rige expresiones como esa, los sufrimientos recibidos no resultan en una meditación sobre la materialidad corporal degradada y la superioridad libertaria del espíritu. Aún más, en el momento de su detención Valdés muestra cómo su identidad profesional de elaborador de discursos--fuente de privilegios en la tradición liberal--no lo protege de la arbitrariedad. Más adelante, en el campo de concentración Valdés hace hincapié en rechazar símbolos religiosos que le habrían traído consuelo espiritual. Desnudado de los discursos ideológicos sobre la "condición humana", Valdés usa la vejación del cuerpo en medio de olores de orín, excremento y mugre como la base misma sobre la que conserva y amplía una actitud de compromiso ético y político. La abstracción de hablar de una "condición humana" está en el medievalismo de la Declaración de Principios que ofusca las dimensiones temporales y espaciales en que se desplaza el cuerpo humano: "Como un rebaño ciego tropezamos unos con otros, ignorantes de la dirección que debemos tomar. Los cañones nos orientan sin sutilezas. Damos muchos rodeos, subimos pocas gradas esta vez. Sospecho que se quiere crearnos la impresión de que nos hallamos en un

laberinto en las mazmorras de alguna fortaleza medieval" (p. 41). Como correctivo de esta desorientación, el acto de narrar a la distancia experiencias de sufrimiento ya pasado en un formato de diario de vida que especifica el transcurso de cada día durante más de dos meses busca racionalizar la historicidad de un cuerpo: "Desde luego, muchos detalles se me escapan y, fundamentalmente, la posibilidad de transmitir la experiencia del paso del tiempo, de la espera del paso del tiempo en esa situación de encierro sin plazos establecidos y sin fines conocidos" (p. 6-7).

La entrada a la "fortaleza medieval" y la permanencia en ella es vivida como congelación de la historia y desvelamiento real de las implicaciones terroristas de la religiosidad de la Junta Militar. Valdés se siente reducido a una estrecha dimensión temporal de presente, sin conexión con el pasado y con un futuro del todo incierto. Esta sensación proviene del desconocimiento de la razón de su arresto. Por ello el poder que le roba su libertad toma aspecto de fuerza religiosa omnímoda: "Sería fundamental saber qué motivos nos reúnen aquí en el centro de detención, cuál puede ser el desarrollo de esta situación, que ni siquiera ha sido explicada como la espera de algo. Es una situación en sí. Hay en alguna parte una racionalidad que la ha determinado y cuyos designios, como los de Dios, son inescrutables" (p. 29); "Hay algo de metafísico o de sobrenatural en las circunstancias de esta comparencia, y yo me siento muy solo y pequeño, un puro objeto de culpa" (pp. 34-35). La derrota de la Unidad Popular, la detención arbitraria y el simulacro de fusilamiento fijan la certeza existencial de ser cosa sin porvenir: "Hasta ayer mi vida era un proyecto, yo creía

que lo más importante estaba por hacer. Recién comenzaba a sentirme preparado para empezarla en serio. Ahora es un hecho consumado, no hay nada que añadir" (p. 42). Corolario de ello es que salga del simulacro con un cuerpo insensibilizado, que no parece pertenecerle. Luego de su interrogatorio y tortura en el campo, Valdés logra comprender el propósito de esa religiosidad pervertida. Le arrancan una falsa confesión que compromete a un grupo de amigos, llenándolo de temor por las consecuencias que les acarrearía. Ya no hay dudas de que la congelación temporal tiene por objeto reemplazar sistemáticamente todo proyecto de existencia personal por el mecanismo disciplinario primordial de la religión, la culpabilidad: "De hecho, éste es un buen sistema de humillación, incertidumbre, desconcierto. Se trata, en realidad, de mellar todas las defensas. Estamos perdidos y dependemos sólo de ellos. Sólo a través de ellos nuestros nombres, nuestras personalidades, pueden reencarnarse, y sólo aceptando nuestra culpabilidad tenemos la esperanza de salir con vida" (p. 164).

Puesto que los sucesos son narrados por un literato profesional tiempo después de ocurridos, ese descubrimiento no deja de ser anunciado por ciertas imágenes que refuerzan la distorsión de ese tipo de religiosidad. A poco de llegar al campo de concentración Valdés describe el terreno circundante fijando la atención en la figura de un Cristo. Queda claro que la figura no inspira mayor reacción emocional en el prisionero, en circunstancias en que quizás pudiera haber significado refugio y consuelo. Por el contrario, resalta la imposibilidad ante el Cristo y su contaminación por elementos no asociados con él comunmente: "Ha aparecido un sol neblinoso.

El cerro del frente, a la derecha, se ve ahora con toda nitidez. Hay una gran figura de Cristo sosteniendo una cruz, en cemento probablemente, pintada en blanco. El palo de la cruz--o el cemento, más bien dicho--está quebrado a la altura de los hombros y la cruz misma sale hacia un lado formando un ángulo recto en relación al cuerpo. Más lejos hay otra figura del calvario, menos visible, pues esta vez es un relieve ejecutado también en cemento pintado de blanco. Pastan algunas vacas alrededor de los cristos" (p. 54). Esta imagen se repite nuevamente después del interrogatorio y tortura. Sufriendo de espasmos incontrollables Valdés observa los Cristos y las vacas sin encontrar consolación, sino mayor conciencia de la maldad fascista. Símbolo final de la degradación militar de la religiosidad se da después de la tortura. Los prisioneros declarados en libre plática combaten el hacinamiento y la inutilidad en que se ha sumido su capacidad de trabajo tallando "rostros de cristos muy sufrientes, con sus cruces, sus clavos, sus espinas" (p. 151). Los militares los convierten en moneda de cambio que refleja una extraña capacidad para hacer mero ornamento del dolor que ellos mismos causan: "Los oficiales se disputan estas obras de arte . . . A cambio de ellos nuestros artesanos reciben pequeños favores, un trato tolerante, algún paquete de cigarrillos" (p. 151).

Valdés encuentra consuelo y confort real a partir de la animalidad de su cuerpo y de la noción de que la dignidad humana nace del respeto por él. A causa de esta certeza puede abrirse a la comprensión a otros seres humanos, proponiendo tácitamente una ética materialista

que no nace de categorías mentales aprioristas u originadas en una divinidad distante, sino del impacto moral que tiene sobre el individuo la percepción de la conducta ejemplar de otros seres humanos. Esta refundación se inicia con la alerta animal de su cuerpo ante lo desconocido: "Rechazo absoluto de mi organismo a toda manifestación de confianza, de descuido. Mis sentidos--el oído sobre todo--se han declarado en vigilia permanente. Los pasos, los cantos de los pájaros nocturnos, el viento, los disparos, que a veces estallan a centímetros de la cabaña, no me permiten un solo momento de abandono" (p. 64). Pese a identificarse como persona de físico enfermizo, Valdés tiene la sorpresa de que su cuerpo demuestra una resistencia increíble ante las privaciones. Se exagera su conciencia del espacio circundante y así desarrolla una curiosidad por la vida de otros seres humanos más allá del encierro en el sufrimiento propio. Poco después aparecen las descripciones y la comprimida problemática social y política de prisioneros que sirven de ejemplo, fuente de ternura y esperanza y modelos de error: Ramón, dirigente sindical de vendedores de periódicos; César, el abogado socialista; Hugo, el gurú; Manuel, el campesino; la vitalidad y dedicación humana del profesor comunista; los confusos dirigentes sindicales democratacristianos. A través de ellos se entrevé que las ideologías no son conceptos que flotan en un azul platónico, sino seres de carne y hueso, lección a veces difícil de asimilar para un intelectual. La patencia de esto es abrumadora después del interrogatorio y tortura en el frigorífico del Regimiento Zapadores. Reconoce que la maldad fascista no es metafísica; está

materializada en los que lo golpearon, desgarraron sus carnes y le aplicaron electricidad en los órganos sexuales: "Me quedé mucho rato allí, sufriendo espasmos que no podía contener. El sol parecía impotente para calentarme. Miraba los cristos del cerro, las vacas pastando, embrutecido por el conocimiento de la maldad. Porque lo que yo sabía de la maldad, antes, eran puras caricaturas, pura literatura. La maldad había perdido todas sus referencias morales. Ahora se me presentaba como una pura ideología" (p. 147).

Resumiendo, la esencia de la proposición de una ética materialista queda plasmada en esta afirmación: "No soy capaz de pensar en mí como posibilidad, como proyecto vital. Sigo considerándome disponible para la flagelación y la abyección y de hecho lo estoy. Aquí los compañeros tienen todo lo indispensable para rasurarse y ponerse más o menos presentables. Pero ¿por qué habría de preocuparme de un cuerpo que puede volverá a ser humillado de ese modo?" (p. 150).

Estas palabras y la ironía del título del testimonio de Hernán Valdés señalan un paralelo cercano con la novela de Poli Délano. Su "lugar sagrado" es un W.C. en que el protagonista del relato, Gabriel Canales, militante comunista, queda accidentalmente encerrado en un cine céntrico de Santiago, por tres días, a partir de la noche anterior al golpe militar. En medio de olores a orín, suciedad de excrementos y grafiti a menudo obscenos, Canales rememora su existencia. Rememorarla en un lugar sagrado implica una ceremonia ritual por la que las experiencias, el mensaje y las enseñanzas de un pasado histórico que ha condicionado el presente son reactualizados para proyectar el

significado del futuro. Es exactamente lo que hace la Junta Militar en su Declaración de Principios, de aquí que, en contraposición a ese documento, Poli Délano tácitamente propone una sátira del mito y de la épica militarista. Pero además de esta resonancia implícita Délano explora con mayor problematicidad las posibilidades de una ética materialista. Esto se debe a la época que se elabora artísticamente en la novela. Tejas Verdes se inicia y concentra en un período y un espacio que inescapablemente quedan impregnados por una aureola épica, dada su importancia inmediata para la resistencia chilena. En este lugar sagrado termina en el momento en que se abre una posibilidad épica para Canales una vez liberado de su encierro. Después de visitar su casa arrasada por una patrulla militar expresa su magnanimidad: "intentaría localizar a alguno de mis compañeros de base para saber que tareas habrá por delante"³. Esta es la culminación de la vida de Canales, sintetizada su conciencia y su acción para el trabajo político clandestino. Atrás queda parte de su vida hundida en una sórdida cotidianidad hedonista: hambre y tedio en una pensión barata, tomateras en bares asquerosos, acoplamientos con mujeres de mal aliento y devoradoras de hombres, caficheo de viejas con plata y corrida de manos a chiquillas bien.

Se trata de una transición que se inicia cuando Gabriel, joven provinciano de Valdivia, llega a la capital para hacer inciertos estudios universitarios durante el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo (1950-1958) y se desarrolla durante la mayor parte de la presidencia de Arturo Alessandri Rodríguez (1958-1964). Es un período de gran movilización popular a causa de una economía estancada por una baja productividad agrícola e industrial, gran desempleo e inflación, creciente deuda externa, acentuada intervención de

organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional, progresiva desnacionalización de la economía como consecuencia de esto, y gradual orientación hacia el consumismo. Desde 1948 hasta 1958 el Partido Comunista Chileno quedó confinado al clandestinaje por las presiones de la Guerra Fría; en repetidas ocasiones las huelgas y protestas populares fueron reprimidas sangrientamente. El proceso de desnacionalización económica culmina durante el gobierno demócrata-cristiano de Eduardo Frei (1964-1970) con la masiva inversión de capital por compañías multinacionales especialmente estadounidenses. A raíz del triunfo de la Democracia Cristiana, Canales, que había colaborado con el Partido Comunista en la campaña de Salvador Allende, supera su frustración y pesimismo ingresando como militante. Más tarde, trabajando por el triunfo de la Unidad Popular en las elecciones de 1970, con su participación en las incidencias de la organización vecinal, la lucha anti-fascista, y los esfuerzos por vencer el boicot de la distribución y el mercado negro, Canales se convierte en un "recoictrante" de convicción suficiente para sumarse a la lucha clandestina contra la Junta Militar hacia el final de la narración. La transición se demuestra como una gradual adquisición de conciencia social y política que perfora la gruesa costra de sordidez y hedonismo barato que impide a Gabriel un compromiso con el sufrimiento humano. En una etapa previa a su transformación Canales describe así su insensibilidad: ". . . sentí llegar esa soledad que a veces me pillaba desprevenido y me desoló por una vez la realidad de este mundo que yo era tan ciego para ver. Pasaban las cosas ante mis ojos y no

veía nada. Todo me llegaba de oídas, como si viera de mentiras" (p. 73). Es claro que aquí no hay referencia a un humanitarismo abstracto. Se trata del sufrimiento concreto de cuerpos humanos: "poblaciones . . . arrasadas por los temporales . . . dejando muertos, heridos y desalojados como saldo, niños tragados por el canal, familias enfermas de pulmonía"

Con el relato se hace la proposición de que la historia revolucionaria la hacen hombre que pueden estar entregados a la confusión y a la degradación, pero que al concientizarse entre sí toman la dirección de sus destinos y quedan preparados para exponer sus cuerpos a la represión y la violencia, dispuestos a reprimir, herir y destruir los cuerpos de sus oponentes para instituir el socialismo. Aceptado este materialismo no es extraño que Poli Délano centre la narración en las necesidades de un diarreico que debe ir al W.C. por haber comido demasiados porotos. Igualmente se explica que Canales conozca a Teresa, su futura esposa, a la espera de su turno en un W.C. de estación ferroviaria: "es cierto que nos conocimos también por un latigazo escatológico del azar" (p. 129).

Incidentes como éste revelan, además, la importancia que se da al azar en los destinos humanos. Emblema de ello es la flecha perdida que accidentalmente mata una serpiente durante un paseo infantil de Canales, suceso narrado a comienzos de la novela. Posteriormente la vida y proceso de cambio de Gabriel en Santiago son moldeados por la fortuna: su llegada a una pensión--podía haber sido otra--donde conoce a Julián y Juan Pablo; el encuentro con Yakopovich, húngaro refugiado

de antecedentes nazistas, una tarde en camino a la pensión; su asesinato por Canales en defensa propia y su consecuencia en el desahucio del matrimonio con Claudia; el encuentro con Teresa en el W.C. de una estación ferroviaria mientras escapa a Valdivia; la coincidencia de que al regreso a Santiago deba entregar un encargo de ropa precisamente a una empleada doméstica que trabaja en casa de los padres de Teresa, reencuentro que le permite conquistarla; y, por supuesto, el encierro en el cine, que asegura su supervivencia después del golpe militar. No se indica con ello que no haya un movimiento necesario en la historia. La existencia de los movimientos políticos masivos que se desarrollan como trasfondo del relato es índice de acciones humanas que responden a leyes objetivas que articulan las estructuras económicas, sociales, políticas e ideológicas de la sociedad chilena. Esas leyes condicionan las vidas individuales a modo de escenario tanto como el espacio de la ciudad de Santiago. Dentro de él los personajes establecen relaciones humanas libremente, reaccionando a motivaciones propias y de otros personajes que el azar pone en el horizonte personal de cada uno. Azar, voluntad personal y leyes sociales objetivas se enfrentan en un movimiento en que uno de esos factores altera la totalidad de ellos a la vez que esa totalidad afecta a cada uno, especialmente con la presencia de Julián, Juan Pablo, Teresa y Mamerto. Los amigos influyen sobre él presentando ejemplos de búsqueda de una conciencia y una acción revolucionarias que lo incitan a superar la sórdida insensibilidad de su cotidianidad para desplazarse hacia un compromiso ético y político de dignidad. Es una tácita declaración de que en el

azaroso horizonte de posibilidades que se despliegan para los hombres en los parámetros del condicionamiento social son ellos los que encarnan sus leyes a la vez que se crean a sí mismos como actores históricos, proponiéndose modelos de comportamiento para ser rechazados o emulados.

En esta creación mutua los seres que proponen modelos de conducta lo hacen aun en extrema contradicción con su propia voluntad personal. Julián es el primer paradigma ético-político que se decanta durante las revueltas contra el gobierno de Carlos Ibáñez. Sus intentos de articular una posición de crítica social y política y su participación en esas revueltas contrapesan su humillante relación con Mariela, quien lo denigra hasta la impotencia sexual. Su desaparición y muerte aparente durante los tumultos influyen sobre la militancia comunista de Juan Pablo y la de éste sobre la de Gabriel. Sin embargo, veinte años después, acercándose la caída del gobierno de Salvador Allende, Julián reaparece para revelar a sus amigos que su desaparición se debió a una ruptura tanto con su impotencia como con su arranque revolucionario, la cual termina en la sordidez de su matrimonio, de vida familiar y su inserción en la burguesía con una serie de prósperos negocios. A pesar de haber sido devorado nuevamente por la cotidianidad, su responsabilidad en el progresismo político de sus amigos es innegable. Esta complejidad se plasma en los versos que el protagonista encuentra en el W.C. de su encierro:

En este lugar sagrado
donde viene tanta gente

hace fuerza el más cobarde
y se caga el más valiente.

III

La conveniencia de considerar la Declaración de Principios de la Junta Militar chilena como eje de un sistema literario está en su utilidad como instrumento problematizador tanto de la literatura de la resistencia como de la filofascista. El número de preguntas que se les puede dirigir, así como el de las respuestas por ser elaboradas, puede ampliarse provechosamente. Estimo que esta mayor productividad surge de la noción de matrices ideológicas manifestadas metafóricamente. Con ellas se invierte la orientación exclusivista de muchas tendencias críticas intratextuales. Mientras éstas consideran el uso de conceptos extraliterarios en el análisis como una intromisión indeseable, he propuesto un tipo de lectura que reconoce y explora elementos literarios en discursos ajenos a la creación de mundos ficticios. El objetivo de esta estrategia es reforzar una aproximación a las formas ideológicas como vehículos de comprensión de la cultura en sus aspectos más vastos. Ellas tienen un contenido cognoscitivo, funcional y práctico que revela los condicionamientos limitaciones, distorsiones, precisiones y claridades en la visión de la realidad social de acuerdo con los proyectos de clase. Determinar este contenido en la manera expuesta permite un trabajo hacia el conocimiento, evaluación y comentario del desarrollo de amplias áreas de la cultura latinoamericana en las luchas de liberación nacional sin restringirse a una de sus partes, la literatura. La crítica literaria se instala en el centro de otros discursos para observar como se alimentan entre sí en sus convergencias

y divergencias, a modo de vasos comunicantes.

Valioso material de basamento programático futuro para la literatura chilena de la resistencia provendrá del estudio de la juxtaposición de medievalismo y tecnocratismo que se ha observado. Este tipo de anacronismo parece ser sistémico en el momento actual del capitalismo internacional, a juzgar por la infiltración en espectáculos cinematográficos y de televisión de enorme circulación como son la película Star Wars y las series Star Trek y Battle Star Galactica. La fuente de este anacronismo en Chile deberá ser rastreada para que se explique como, después de fundarse, articularse y cimentarse un republicanismo, los apologistas de la Junta Militar pueden extraer de las capas más soterradas del colonialismo vencido con la Independencia pensamientos como los que transcribo: "La América española tuvo conciencia de sí misma cuando vivió en el imperio la línea de su destino histórico. Tan sólo entonces hubo en ella verdadero sentido de unidad, de unidad vivificadora y fecunda que nacía del interior, no de cohesión panamericana que, como artificial, mecánica e impuesta desde afuera, es motivo de esterilidad y servilismo"; "Cultura en mera gestación, la hispanoamericana no logra su deseada madurez. La ola de apostasía de los propios valores . . . va segando el fuego interior de su espíritu, y la independencia política ha de concluir por dar muerte a los últimos impulsos de fecundidad."⁴ La investigación sin duda llevará a instituciones de diseminación ideológica del franquismo en Hispanoamérica, a grupos intelectuales concentrados especialmente en la Universidad Católica de Chile y a centros

norteamericanos de entrenamiento militar de la oficialidad latinoamericana donde se transmite la doctrina de la Seguridad Nacional. Además, será necesario precisar la funcionalidad de este ideario en manos de grupos tecnocráticos tanto laicos como asociados con el Opus Dei. Quizás investigaciones como éstas preparen el terreno para la exploración artística del mundo de la burguesía monopolista, de sus alianzas multinacionales, de las fuerzas armadas y de la situación de la Iglesia en la coyuntura actual. Hasta ahora estas zonas son inéditas en la literatura chilena y demandan atención.

Aparte de estas sugerencias quisiera terminar con algunas observaciones sobre el carácter experimental que tiene el tema de la ética materialista en Valdés y Délano. Quizás por la naturaleza del material elaborado en Tejas Verdes la obra muestra una mejor articulación entre contenido y forma. Es evidente que en el proyecto literario de Valdés el mensaje ideológico debe surgir de una sucinta representación de las circunstancias en que es situado su cuerpo, con un mínimo de editorialización directa por parte de la voz narrativa. En el contexto de este testimonio podría decirse que las intervenciones intensas de una voz narrativa para aclarar y profundizar el significado de las objetividades representadas mediante comentarios e interpretaciones intercalados entre los motivos que hacen avanzar la narración son negadas por su carácter idealista e ideologizante. Idealista porque las articulaciones suponen que--en la dialéctica narrador-lector--las objetividades sociales no tienen sentido en sí, en un momento previo a la contemplación por la mente humana, sino en la medida en que haya un

espíritu que les otorgue significado con la valoración explicitada o proyectada por la voz narradora. En un modo narrativo de esta disposición se afirmaría tácitamente que es la mente humana la que contiene las leyes de moción de la realidad y no la realidad misma, tras la cual la mente humana debe adecuarse para captar sus leyes. Ideologizante porque al enmarcarse el significado de las objetividades narradas de ese modo se propone un elitismo según el cual la realidad sólo puede ser aprehendida a través de un intermediario de conocimiento superior. Con su narración sucinta, enfocada sobre objetividades no editorializadas, Valdés plantea la realidad social como un misterio que la mente humana puede y debe descifrar con la experiencia directa, sin sacerdotes, vates o sabios en el medio. Esto es de importancia máxima en la actualidad chilena, tan oscurecida por discursos ideológicos como el de la Declaración de Principios. Por cierto este énfasis primordial en la objetividad y la materialidad no implica una negación de lo espiritual. Como uno de los elementos de las relaciones que conforman las formaciones sociales, el cuerpo humano no puede ser apreciado diferenciándolo de los valores creados y acumulados en torno a él en la historia de la especie. El simple hecho de mentarlo y narrar sus circunstancias dinamiza en la mente del lector el registro de padrones de reacción moral, religiosa, filosófica y legal que la humanidad ha construido como atributos del cuerpo que garantizan su respeto y dignificación. Es indudable que el proceso de dignificación y respeto de la materialidad corporal es la historia de la cultura humana que ha permitido a la especie transformar

el espacio social y natural para posibilitar el desarrollo de las potencialidades y la cura de los sufrimientos de los hombres. Por lo tanto, el cuerpo humano tiene una historia universal en la cual él mismo es instrumento y símbolo de progreso. De allí que la transgresión de los derechos humanos por la Junta Militar chilena movilice a hombres de diferentes creencias, nacionalidades, razas y culturas.

La universalidad de los valores corporales problematiza la técnica literaria usada por Poli Délano en su novela. La ritualización conmemorativa del pasado de sordidez cotidiana hecha en el W.C. no logra proyectarse del todo hacia esa universalidad. Es efectivo que Gabriel Canales alcanza la conciencia histórica que le permite sumarse a los trabajos de la resistencia clandestina. Sin embargo, tanto éste como su evolución hacia él se esfuman. Hasta el momento de iniciarse la carta a Mamerto--capítulo siete--el relato se ha dirigido a la serie de anécdotas que ilustran el hedonismo barato de la vida del protagonista en una secuencia narrativa de gran claridad causal y mesurado detenimiento. De allí en adelante la narración se acelera enormemente con el uso repetido de montajes que dislocan la secuencia temporal y tratan de cubrir el mayor espacio posible, seleccionándose segmentos claves en el movimiento hacia la resolución final. Esta comprensión escamotea la influencia ideológica de los amigos, especialmente de Mamerto y de la esposa, Teresa, junto con los efectos transformativos de los trabajos prácticos de la militancia política.⁵ Es más, se puede afirmar que, hasta muy adentrado en la narración, el lector tiene

la impresión de leer las peripecias de una falsa conciencia ante el proceso revolucionario chileno. La militancia comunista aparece, por tanto, como un evento imprevisto, difícil de comprender en su verdadera dimensión. La novela queda marcada por el melodramatismo que siempre resulta de la esquematización de los procesos sociales objetivos y subjetivos que moldean el comportamiento humano. No obstante, la aparición de En este lugar sagrado revela una preocupación que otros escritores chilenos quizás desarrollarán en el máximo de sus implicaciones: la forma en que los hombres se transforman a sí mismos en un trabajo consciente para crear la épica socialista.

NOTAS

¹No conozco estudios sociológicos al respecto, vacío al que es imperativo prestar atención futura. Miguel Rojas-Mix ha dado un buen paso en esa dirección con su trabajo "El Hispanismo: Ideología de la Dictadura en Hispanoamérica." Araucaria, N^o 2, 1978. Antecedentes útiles para una investigación más extensa son William B. Bristol, "Hispanidad in South America." Foreign Affairs, Vol. XXI, January, 1943, pp. 312-321; Bailey W. Diffie, "The Ideology of Hispanidad." The Hispanic American Historical Review, XXIII, 1943, pp. 457-482.

²Hernán Valdés, Tejas Verdes, diario de un campo de concentración en Chile (Barcelona: Editorial Ariel, 1974). De aquí en adelante señalo número de páginas de esta edición.

³Poli Délano, En este lugar sagrado (México: Editorial Grijalbo, S.A., 1977).

⁴Jaime Eyzaguirre, "Prolegómenos a una Cultura Hispanoamericana." Chile en el tiempo (Santiago, Chile: Ediciones Nueva Universidad, s.f.) pp. 78-79. Es conocida la influencia de este historiador entre los apologistas de la Junta Militar, como se atestigua en Arturo Fontaine et al. Nuestro camino (Santiago, Chile: Ediciones Encina Ltda., 1976). El libro reúne diversos trabajos que buscan explicar puntos fundamentales de la Declaración de Principios. En especial ver: Héctor Herrera C.,

"Chile y la Civilización Cristiana Occidental."

⁵Bernardo Subercaseaux ha hecho una observación similar en su reseña de la novela en Araucaria, N^o 2, 1978, pp. 210-211.